

# Formas de Venlafaxina

Eduardo Varas C.

## PREÁMBULO

Este sería el inicio del poema pero es un paréntesis

( )

de aquí se ve el agujero en mi frente,

y no, no es la mejor vista.

Detrás de toda configuración del lenguaje hay una celebración solitaria;

imitación de alegría,

dentro de la cabeza que supone soportar mi peso en frutas confitadas

( )

Este sería el inicio del poema

porque por algo hay que empezar.

## PARTE 1

**(parte 1 de la parte 1)**

(tengo una idea)

(pero no estoy tan seguro)

(quizás desapareció apenas se hizo texto)

(¿o fue solo una intención?)

(como todo lo bueno que se esconde bajo la pijama del lugar común)

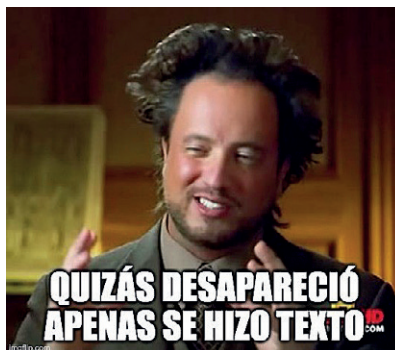
(pero una idea deja de serlo cuando rompe su cascarón)

(y la enuncia la voz poderosa del profeta)

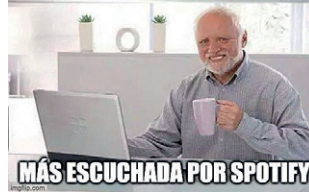
—NO TAN RÁPIDO, IDIOTA—

(y le da cuerpo y certeza)  
(hasta que se convierte en la canción más escuchada por Spotify)  
(y ahí, de vuelta al silencio...)  
(al modo *offline* de los audífonos derretidos.)

(parte 2 de la parte 1)







Y de ahí, de vuelta  
al silencio...





(parte 3 de la parte 1)

\*Modo de lectura

Haga lo que le dé la gana, señor o señora.

## PARTE 2

Quise aprender a silbar  
 antes de juntar los labios para decir  
 uuuuuhhhhhhhhhh,  
 esa onomatopeya guayaca deforme  
 que pone en tela de duda la —ridícula— virilidad del mundo,  
 de ese mundo que nos ha soportado  
 y nos trata como los entrevistados tratan a José Delgado<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> Figura del periodismo televisivo ecuatoriano que encuentra sus historias en zonas de Guayaquil, que gente «de bien» supone que es la parte más fea de la ciudad. Pero Guayaquil es eso, una especie de terreno pantanoso en el que la vida encontró raíces, en medio de altas temperaturas y de gente vendiendo cangrejos recién extirpados de su mangle. Es sencillo asumir la naturaleza del cangrejo como metáfora de lo que sucede en los exteriores de la Fortaleza de la Soledad. Ahí, en ese sitio en el que descansa toda la razón detrás de esta ira que me convierte en agresor. En la voz que no se puede controlar y que no sabe cómo hacer que el malestar deje de convertirse en ventana, que sea un agujero, mejor, y que la catarsis se vuelva un párrafo que empieza por José Delgado y termina con un ser que, como yo, grita cuando lo interrumpen o asume que no puede controlar

El patrono de la desdicha desnuda  
por los siglos de los siglos  
hasta que termina la transmisión  
y empieza el noticiario de la tarde

—podría decir «noticiero», pero quiero sonar cosmopolita—.

Llega ese momento en el que alguien silba  
y no soy yo  
porque cuando me ofrecen el micrófono digo siempre algo insensato  
—como cuando [Rodrigo Lira estuvo en «Cuánto vale el show»](#) y leyó algo de Shakespeare. Podría usar un ejemplo local, pero no hay ninguno con la maestría y el coraje de Lira para jugar a la representación como cuerpo del delito. Aquí, en realidad, no hay nada, papito—.

Como siempre hago ante la jeta de Delgado,  
que me escucha con atención,  
como el dios sereno y misericordioso que es.

---

cómo se siente y resiente ser quien deba integrarse a una dinámica que parece normal, pero que no lo es. Solo son orbes dando vueltas sobre esta cabeza empapada de agua oxigenada, para cauterizar cada cicatriz que he conseguido con los golpes que me doy, cuando me encierro en el baño, a contar las estrellas con mis nudillos, para abrir el Aleph y ver todo el universo vomitando sobre mis tetillas, las que muerdo hasta verme sangrar y sentir que algo más me duele y no lo que me duele en serio. Como hace José Delgado cuando habla con alguien y deja que ese dolor fluya, como Pilsener helada en medio de 33 grados centígrados a la sombra. Y él moja mi cara que no deja de sangrar, transparente y rojo, todas las amalgamas posibles en un escenario que no ilumina las piernas que me permiten ir de un lugar a otro. En el baño, donde pienso en José Delgado, he abierto las cortinas que me dejan aceptar que no importa la luz del sol que me inyectan en las venas ni los gránulos que ceno cada mañana en formato cápsula. Eso que está mal, que hace que el sudor sea helado de pistacho, es lo que soy. Y José Delgado no hablará conmigo, porque ya estoy muerto.

### PARTE 3

Haga clic  
y hago clic;  
no pasa nada.  
Como cuando se lee *El principito* a los 35 años

—A propósito, ¿quién carajos lee *El principito* a esa altura del partido? —

Intento;  
clic, clic, clic.  
Se rompe el *mouse pad*  
y Tim Cook sueña con arbolitos de *Navidark*.

Me dan el valor de lo que costará reemplazarlo.  
Tiemblo como el cursor,  
que en realidad no tiembla, titila  
como las luces en los árboles, esas que ya no se usan.

Ahora son *LED* y permanecen encendidas  
porque todo siempre debe *turn on*,  
ese eterno estado de exaltación y exuberancia  
para mirar a las estrellas que no dejan de mirar,  
mientras me paseo por el borde del planeta  
hablándole a esa cursi flor  
que va a morir como el *mouse pad*  
porque me quedé sin dinero  
—*turn off*, diría el banquero—  
y me apagaron y no me pagaron.

La historia de mi vida  
escrita por un aviador francés.

## PARTE 4

Llevo horas encerrado en acordes  
con este *link* de YouTube como compañía

*Link* de YouTube:

[https://www.youtube.com/watch?v=yjuNw7Wo\\_fo](https://www.youtube.com/watch?v=yjuNw7Wo_fo), por cierto.

Si no presiona y no escucha, no hay certeza,  
y habremos sentido que todo el tiempo se seca,  
pero no es así.

La música sostiene al hombre de las patillas  
para presionar la caminata  
sobre la cuerda floja que se tensa  
para conseguir ese traslado de un punto A, a un punto B

Entonces, hágame caso, ponga *play*  
*the game*  
«Traje recuerdos para olvidar / traje una cuerda para colgar /  
subo de nuevo, dejo la tierra / un remordimiento inflama las venas».

Álvaro Henríquez, *dixit*.

Google sobre canción, amigo,  
porque voy a tener suerte,  
solo quiero sumar los datos para llenar la caja con información,  
nada más;  
solo así el pensamiento no espanta,  
se ocupa, deja de lado las apuestas en escena.

Es solo perfume para esconder el mal olor.

No habla de nada cercano.



Dice Wikipedia: «La canción relata, en una perfecta lírica llena de metáforas y paradojas lingüísticas, la historia de una mujer **transgénero** que oculta su identidad. También se dice que habla además de las violaciones a los Derechos Humanos cometidas a trabajadoras sexuales trans en el país.<sup>1</sup> Además, el tema hace referencia directa a la religión (incluso Jesús) y sus reglas»<sup>2</sup>.

Y después de esto  
el ruido blanco  
estancado en un pozo que pudiera brillar como el sol,  
pero nada,  
nada

## PARTE 5

Soy como Bob Esponja:  
amarillo como el sol,  
—fue siempre el maldito color—  
que es también el color con el que hemos dibujado a los asiáticos  
durante toda nuestra existencia  
y, curiosamente, fue un asiático el que detuvo la fiebre amarilla  
en mi ciudad natal.

Quizás ya sea hora de regresar  
a ese lugar de trivialidades  
y desconsuelo,  
aunque no haya nada peor que volver al lugar en el que abriste los ojos  
y leíste *Los viajes de Gulliver* por primera vez.

---

<sup>2</sup> Fuente: [https://es.wikipedia.org/wiki/Traje\\_desastre](https://es.wikipedia.org/wiki/Traje_desastre)  
O fuente: El rincón del poeta vago.

A ese espacio estéril en el que me enfermé de la hepatitis  
que le dio color a mi piel

—de vuelta a lo mismo, como siempre—

pero no, nunca me dio hepatitis

y aun así soporto sus efectos.

En realidad, todo en este poema existe en una simultaneidad elíptica  
porque vuelvo, me quedo y escapo,  
o no.

Soy un espectro, entonces

cuadrado como Bob Esponja,

empecinado en la felicidad, como si fuera el único pedazo que se pu-  
diera desprender;

es una conclusión obtusa

para gritar que la vida es bella

silenciosa, duradera y repleta de oportunidades

—si lo hago, sépalo, querido señor, estaría mintiendo—

y bueno, solo puedo ser

una especie de emprendedor de polvo

porque nací en una ciudad que celebra el inicio de toda oportunidad  
como si fuera un destello que nos lanza del caballo, para ver a Dios  
bailando *breakdance*.

Pero soy el puto [Calamardo](#),

amo las cenizas

que deja ese color que ilumina todo

lo que le da forma y sentido a la bandera nacional

que sostengo entre mis dientes, porque ya no tengo brazos ni piernas  
y quiero llegar arriba, decir con desesperación que el país debe vivir  
para luego cerrar los ojos

y mandar a la mierda todo inicio del *Big Bang*.

## PARTE 6

Primero fue el diagnóstico,  
según lo que se lee en Juan  
capítulo 1, versículo 1,  
después llegó el comentario vía *TikTok*  
— es probable que todo haya sucedido simultáneamente, des-  
de luego—  
para que le quedara claro a cada rendija del organismo del mundo  
que el síntoma es real.

El síntoma soy yo, amén.  
Poeta que no entiende qué es la divinidad  
de acuerdo a la carta de Roberto Calasso a los tesalonicenses  
— hablo del escritor, no del futbolista—  
o quizás lo mejor sea entenderlo a medias  
porque acercarse a la totalidad del misterio no es viable en la ruta de  
las serpientes  
— siendo honesto, no sé si he colocado mal la dirección  
mi Waze no habla «idiota»—  
pero me hago el que entiendo la complejidad de la física cuántica  
y me vuelvo fotón,  
la molécula salta cuando suena la canción de San Benito  
en la que cuenta sobre lo que haría si viera a tu mamá.

Sin embargo, el electrón no ve nada,  
excepto un documental de *Nat Geo*,  
que explica que cualquier idea sobre la muerte debe ser tomada en serio<sup>3</sup>;

---

<sup>3</sup> La muerte como carretera, o prueba de sonido, instancia superior, plato de ma-  
carrones con queso. Muerte como un cincel dejando una marca sobre el mármol  
de un mesón en el que desayunan todas las voces que gritaron algo a favor de los  
mártires. La muerte como un chiste de Condorito. La muerte que toma pin y hace  
pum. Esa muerte redonda y esférica, el silencio de los dálmatas. Una cuna en la que  
descansan los criterios de toda esa gente que soporta las ideas más nefastas solo  
porque la libertad es importante en un mundo plagado de importancias. La muer-

y cómo hace falta una receta especial  
escrita en un papel con el logo del Ministerio de Salud Pública del  
Ecuador  
para sostener las palmeras.

## PARTE 7

Cuando estoy feliz  
me siento como el GIF de Willem Dafoe sonriendo<sup>4</sup>  
— es Willem, no William, boca abierta—  
de esa forma obtusa en la que él contrae los músculos de la cara  
como si todo pudiera contenerse en un fotograma.

Bueno, no sé cómo definir un GIF,  
¿es una imagen, un video, un artificio adicional para reducir la ca-  
pacidad de registrar  
la realidad en una funda de papel?  
No tiene sentido la imagen, lo sé,  
pero igual la muestro, para que no quede dudas de lo que digo  
o lo que intento poner sobre la mesa de las consideraciones.

---

te es el discurso. Muerte como carretera, un silencio que no se corta. Esa muerte que nos da la mano luego de una partida de ajedrez. Como un manifiesto a favor de todo final, de todo final que es el mismo siempre. Ni siquiera el Quijote ha muerto en repetidas ocasiones. La muerte es lo que no sirve, la utilidad como principio de supervivencia, la muerte del emprendimiento, del uso de sustancias químicas como yoyos, para tener fuerza y contar la historia del ahorcado, que se pone la cuerda en el cuello porque la confunde con una corbata de Los tres chiflados. La muerte es el uso de las mayúsculas, ese terreno plano en el que no pasa nada. Un tormento en forma de película que usa el *found footage* como moneda de cambio. La muerte es solo una idea, de las tantas, que se crean en esa región del cerebro por la que pasa toda memoria de tiempo pasado y mejor. Una especie de túnel del tiempo, una abertura para sonreír. La puta madre y el tiempo. La muerte es risa y carretera que siguen, a pesar de la muerte.

<sup>4</sup> Por cierto, [haga clic y vea el GIF](#).



¿Ven?,  
con esto  
el público asistente podrá entender con facilidad  
los alcances estéticos a los que esta voz poética quiere llegar

—¿Llamas a esto poesía, muchacho?  
—No, señor juez, es solo un efecto secundario de la medicina —dijo la voz.

Se cierran los guiones y quedan abiertas otras cosas

Dígame si esto no es la felicidad  
pero si no me cree  
ahí está el VAR, caballero,  
revise la jugada  
como si fuese un hombre que no puede caminar y pasa su tiempo  
levitando  
sobre las acciones y reacciones de los pasteles que prepara cada  
viernes.

Cuando estoy feliz  
mi piel se traga  
todos los cristales de amor amarillo que encuentra  
en las esquinas.  
No tengo dudas de que en el fondo soy como una especie de  
*Mario Bros on steroids*;

salto y salto y salto  
como el maníaco asesino que soy  
de toda noción de belleza  
porque si me miro al espejo no veo lo horrible,  
sino ese destello de ira de siempre,  
que se sublima en los brazos de Afrodita,  
la diosa del amor  
o la diosa de la guerra  
o de las llantas lisas  
—por Lisa Simpson, desde luego—  
que sacude el terreno por el que brinco  
a la búsqueda de una princesa que tenga un nombre digno de Europa  
del Este:  
Venlafaxina,  
como una siniestra copa de vejez  
en la palma de mi mano.

Para todo lo demás,  
el silencio y el error  
que me cobijan.

## PARTE 8

Toma tres semanas  
para que el organismo absorba  
el sol de los *Teletubbies*,  
contenido en una cápsula que suena como maraca  
cuando la Vía Láctea se sacude.

Hasta que esa epifanía  
genere la erección en el hipódromo

solo hay que imaginar  
que el agujero negro seguirá  
doblando la materia  
hasta que todo quepa en la boca  
¿cuál boca?  
la mía, pues.

Por eso muerdo todas las superficies de madera.  
No soy un tipo limpio, ¿sabes?  
si sigo lamiendo el pasamanos,  
es para pasar el mal sabor  
que adorna esta espera  
en la que sigo saltando;  
y hablo con rostros en movimiento,  
me digo, una y otra vez,  
que detrás de las paredes estoy yo  
amenazando  
con revelar los secretos de la obesidad mórbida  
que hace de las montañas  
un sueño recurrente de geólogos y asistentes de cátedra.

El discurso del método anodino,  
amigos.  
Me he fracturado los huesos  
del sentido común  
y si pudiera hacerlo de nuevo,  
no lo repetiría.

Esperar es, entonces, el premio  
para una avalancha  
que crece en el pecho  
de una madre que amamanta  
a la sombra negra del desleche  
en mi lecho deshecho, gil.

Las rimas son la desesperanza.

## PARTE 9

Sí  
esto  
es  
un  
poema  
porque yo lo digo

Y ya  
eso es  
lo  
que  
habría que articular a partir de hoy

Sigo vivo porque me cobijo



¿no?



## PARTE 10

Esto debería ser el final del poema,  
pero es un *cliffhanger*.

Azul

Brisa y llanto en los surcos de San Pedro,  
una traición más,  
la última de todas.

Ningún gallo va a cantar en mi nombre.

Solo la Risperidona que calma las voces de los poetas muertos  
que bailan en mi cabeza.

Voces masculinas,  
que no llevan a ningún lugar;  
por eso lanzo los dados,  
como Dios  
y adiós.

La fábrica se cierra para no perderlo todo.

Silencio en la corte.

Bai  
El burro ya habló  
y hablarán siempre por él.

## EPÍLOGO



Cualquier otro verso, estorba.